

Capítulo 365

Sangre de Dios

Odín no podía comprender por qué, pero por alguna razón creía absolutamente en las palabras de Seras, haría que su muerte fuera lo más dolorosa posible.

Y aunque nunca había tenido miedo de ninguna mujer, no podía evitar pensar que ésta era tan aterradora como su marido Abbadon.

Aunque no podía decir exactamente por qué se sentía así.

Finalmente empezó la picazón.

Al principio era pequeña y apenas se notaba.

Y entonces... todo su cuerpo empezó a sentir esa picazón irremediablemente molesta, que a su vez se transformó en agujas de dolor, a medida que pasaban los segundos.

Todo su cuerpo empezó a sentirse como si lo pincharan innumerables objetos afilados, no tenía idea de lo que estaba sucediendo.

El dolor se estaba volviendo tan mortificante, que ni siquiera podía hablar, y sólo jadeos ahogados escapaban de su garganta.

La sonrisa de Seras se hizo cada vez más amplia, a medida que sentía la angustia de Odín emanando de él en oleadas.

"Tienes suerte de que dijera que lo haría rápido... Realmente disfrutaría del tiempo para saborear este lamentable estado tuyo".

Dando una orden mental, Seras acortó el tiempo y le dio a su oponente una de las muertes más brutales que pudiera imaginar.

Endureciendo la sangre del dios, creó miles de millones de pequeños anzuelos no más grandes que los utilizados para pescar.

Una vez que tuvieron una forma sólida, comenzó a sacarlos de cada rincón y grieta de su cuerpo.

Los anzuelos se clavaron en la carne que estuviera cerca de ellos, en su camino para escapar, perforando todo lo que pudieron en su ruta.

En pocos momentos, ganchos rojos con púas comenzaron a salir del ojo, la boca, el pecho y cualquier otra parte del cuerpo de Odín que tuviera acceso a la sangre.



Cuando atravesaron la piel, Seras sonrió e hizo un gesto de tirón, liberando todos sus anzuelos ensangrentados.

Con su salida llegó el final de la vida de Odín, y su cuerpo destrozado se volvió irreconocible para cualquier tipo de métrica.

Una bola dorada comenzó a flotar desde el cuerpo mutilado del dios fallecido.

"Ah... ¿me había olvidado de esto?", pensó Seras avergonzada.

Durante sus lecciones con su hija Gabbrielle, aprendió que los dioses son notoriamente difíciles de matar.

Incluso cuando su cuerpo es destruido, sus almas ascienden de nuevo a los cielos y su cuerpo se reforma después de unos años de inactividad.

Se decidió que esto era lo mejor, ya que los dioses son notoriamente famosos por meterse en disputas entre ellos, y si fueran capaces, probablemente ya se habrían matado todos entre sí.

Por lo tanto, para causar verdaderamente la muerte de un dios se requiere la destrucción del alma, y no muchos tienen un poder así.

Sin embargo, los diez Tathamet la tenían.

Seras instintivamente se agarró el alma de Odín y se aferró a ella.

Se quedó mirando la bola dorada durante mucho tiempo y parecía que estaba sopesando ciertas opciones dentro de su corazón.

"¿Estás pensando en algo?"

Seras miró por encima del hombro y encontró a su hermana Audrina caminando hacia ella, arrastrando dos animales inconscientes junto a ella.

—¿Qué hiciste? —preguntó Seras.

"Tú y tu marido me estaban intimidando, así que golpeé a estos animales para aliviar mis frustraciones".

"No te estábamos intimidando, hermana, solo estamos preocupados por el nuevo bebé que estás esperando".

"Ah, y cuando intentamos mostrar preocupación por ti, cuando estabas embarazada, ¿cómo fuimos recompensados?"

Seras comenzó a mirar a todas partes menos a Audrina y a silbar. "Eso es lo que pensé", respondió ella poniendo los ojos en blanco. "Así que, como ambos insisten en relegarme a un segundo plano, tenía que hacer algo mientras tanto".



Audrina estaba planeando llevar a Garmr y Sleipnir de regreso a casa y dárselos de comer a Entei y Bagheera.

Ella era la esposa que más tendía a adorar a sus mascotas, y ellas eran algo así como su segundo grupo de hijos.

"¿Vas a hacer algo con eso?" Preguntó Audrina mientras asentía hacia el alma en la mano de Seras.

"No estoy segura de qué es lo correcto que debo hacer", admitió Seras.

"Nuestra familia podría obtener más que algunos beneficios si destruyo esta alma.

Y, sin embargo... mi primer encuentro con un dios fue muy poco satisfactorio. Quiero volver a empezar algún día. ¿Es egoísta por mi parte?"

"Puede ser, pero ninguno de nosotros te guardará rencor por la decisión que tomes. Por suerte para nosotros, la fuerza nos acompaña sin importar a dónde vayamos.

Esta no será nuestra única oportunidad de ganar poder, y esta es tu presa. Deberías hacer lo que quieras con ella".

Seras asintió en silencio mientras miraba hacia la batalla de su marido.

"Le preguntaré a nuestro amor una vez que haya terminado".

Audrina siguió su mirada y sonrió lujuriosamente.

"Bueno, ¿ya sabes? Parece que ya casi está acabando".

* * *

Abaddon se encontraba sobre el cuerpo derrotado de la diosa de la muerte Hel.

El regreso del poder de Nidhoggr había incrementado el rendimiento de sus poderes divinos a un quince por ciento.

Le dio poder, más que suficiente, para derrotar a Hel de manera espléndida.

Incluso ahora, la diosa estaba intentando volver a ponerse de pie, pero una mano firme colocada sobre su hombro le impedía moverse, ni siquiera un centímetro.

"Bastardo... ¿Crees que eres el único que ha sido agraviado por un dios...? ¡Todos lo hemos sido! ¡Pero esa no es razón para que conduzcas a una raza entera a la extinción...!"

Una vez más, Abaddon permaneció imperturbable ante los ataques de Hel a su motivación.





En lugar de eso, apretó su agarre en su hombro, hasta que pudo oír el hueso rompiéndose debajo.

"Cuando encuentras un problema y no lo corriges, lo estás facilitando y, por lo tanto, te conviertes en parte de él.

No soy tan miope como para pensar que cada uno de ustedes fue responsable del mal comportamiento de unos pocos.

Pero como ninguno de ustedes se molestó en limpiar el desastre, todos deben ser barridos, para que la realidad pueda ser verdaderamente purificada".

—Deseas curar males con males... Eres una criatura atroz —escupió Hel.

"Para ti", recordó. "Para mi pueblo soy su protector y su faro. Para mis hijos, soy su ídolo. Para mis esposas, soy su otra mitad, como ellas son la mía. Nada más importa hoy, mañana o dentro de un millón de años".

Hel luchó por mantener la cabeza erguida, mientras miraba a Abaddon a los ojos con odio.

"Dime esto... ¿realmente no perdonarás a ninguno de nosotros?"

Abaddon hizo una pausa, mientras miraba el cielo rojo oscuro, y puso una expresión pensativa.

"¿Qué te parece un diez por ciento?"

"Suenas como una broma..."

"Es lo más alejado de una broma que estas escuchando."

Hel se rió secamente, por primera vez desde que se conocieron. "¿Podría estar entre ese diez por ciento? Teniendo en cuenta que ya me has derrotado y todo eso".

"Podrías haber estado... es decir, si no hubieras usado a mi hijo, como alfombra voladora, y lo hubieras mantenido atado con una correa, como a un maldito perro..!"

Hel sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Aunque ya había visto a Abaddon furioso antes, la forma en que se molestó cuando mencionó a Nidhoggr fue absolutamente horrorosa.

Le bastó para empezar a sudar frío.

Abaddon cambió su agarre del hombro de Hel a su cuello, y oscuros zarcillos de sombra rodearon su cintura, brazos y piernas, fijándola firmemente en la posición de rodillas en el suelo.



"Tu primer enfrentamiento fue digno, Diosa. Nuestra batalla fue muy instructiva", dijo con frialdad.

escupe

Abaddon sonrió peligrosamente ante su muestra de falta de cooperación y apretó su agarre alrededor de su cuello.

"Te agradezco que no hayas tenido piedad conmigo. ¿Cómo iba a crecer si no lo hicieras?"

Usando el mínimo de su fuerza, Abaddon liberó la cabeza de Hel de sus hombros y la sostuvo orgullosamente en el aire, como si no fuera más que un trofeo.

Dos cosas sucedieron en rápida sucesión.

Primero, una bola dorada salió de su cadáver sin cabeza y comenzó a flotar hacia arriba, antes de que él la agarrase del aire con su otra mano.

Dijo una pequeña despedida, antes de prender fuego al alma dorada y verla arder hasta desaparecer para siempre.

Dio la casualidad de que un puñado de canicas oscuras aparecieron en su palma.

En segundo lugar, una cálida sensación familiar abarcó cada rincón de su ser y quedó envuelto en una columna de luz pura.

Como siempre, tuvo una dificultad inmediata para mantener la conciencia y su mente fue transportada al pasado.

* * *

Cuando emergió de la oscuridad ilimitada, debajo de los reinos, no perdió el tiempo en darse un festín.

Su mente estaba concentrada únicamente en apagar todas las luces, para que sus amigos que estaban sentados abajo pudieran estar felices con él y ofrecerle alabanzas.

La cantidad de realidades que comió fue de miles de millones, y saboreó no solo el poder que le dio comerlas, sino también la satisfacción que le produjo sumergirse en la oscuridad después.

Probablemente habría continuado hasta que no le quedara nada para comer, si no hubiera aparecido un hombre para detenerlo.

No podía recordar exactamente el rostro del hombre... pero por alguna razón verlo llenó a Tathamet de emociones desagradables.



Como odiaba esos sentimientos, no perdió ni un segundo y atacó al hombre.

* * *

La columna de luz se apagó y Abaddon se reveló aún más grande que antes, con una nueva cabeza entre el resto, su séptima cabeza, y el ojo en su pecho un poco más cerca de abrirse de forma permanente.

En sincronía, las siete cabezas emitieron un rugido devastador que sacudió el árbol del mundo mucho más violentamente que antes.

Cuando finalmente se calmó, abrió los veintiocho ojos de su cráneo y miró fijamente a la mujer que flotaba frente a él.

Como siempre, no podía ver el rostro de la diosa madre, solo el velo azul, que usaba constantemente, y sus delicadas manos pálidas, que estaban entrelazadas frente a ella.

"Tathamet... parece que estamos llegando al final de nuestro camino antes de lo esperado".

"...?"

Asherah extendió la mano y tocó el hocico de la cabeza que estaba más cercana a ella.

"Estoy segura de que ya lo sabes... Dado que ya no resides en mi mundo de forma permanente, ya no puedo ayudarte a evolucionar".

Abaddon ya había esperado algo así, por lo que no estaba sorprendido de oírla admitirlo, pero tenía curiosidad de por qué parecía estar luchando con algo.

"Yo... normalmente no te haría esta oferta, debido al peligro que representa, pero... si alguien puede sobrevivir a esto, ese serías tú".

—¿Sobrevivir a qué, Asherah? —preguntó Abaddon con voz monstruosa.

Debajo de su velo, Asherah se mordió el labio, mientras luchaba por dejar salir sus palabras.

"Tathamet... ¿quieres convertirte en un dios hoy?"

